

La figura liminal y bicultural del cacique guaraní de la época colonial

Desde el primer contacto con los colonizadores españoles, la figura del cacique guaraní adquiere un perfil prominente en los textos coloniales. Ésta se alza liminal y bicultural. Esta posición ambigua emerge a partir de la ejecución de su autoridad dentro del espacio que ocupa entre las dos culturas. Siguiendo el modelo de Ranajit Guhaⁱ de la clasificación binaria, de acuerdo a las categorías de poder, de subalterno/dominante, ya en plena organización colonial, se puede posicionar a los caciques a la cabeza de las aglomeraciones indígenas subalternas en el papel asignado por el dominante/colonizador de "corregidores." Estos caciques estaban comprometidos a proteger y a responder por la "casa pueblo" que llevaban su nombre, sobre todo en cuanto al rendimiento económico, a fines de satisfacer las expectativas de los colonizadores/encomenderos. Así, en los comienzos del proceso de la colonización, los caciques representan las unidades sociales de que estaban compuestos los pueblos guaraníes, y, recíprocamente, a los "pueblos indios" se los identifican con los nombres de los caciquesⁱⁱ.

Los conquistadores espiritualesⁱⁱⁱ, por su parte, al reconocer en el cacique al protector y representante de su cultura lo señalaron como primer blanco y también como digno depositario del mensaje cristiano. De hecho, no escatimaron

esfuerzos por rendirle pleitesía y honores. De esta forma, en la época colonial, el cacique se convierte en la práctica en el beneficiario directo de las nuevas disciplinas, procedimientos y de las más mínimas ventajas de la aculturación. De acuerdo a la evidencia textual, para cualquier decisión importante, "era necesario llegar a un acuerdo con los caciques" (Hoffmann 53). Luego, tanto los encomenderos como los conquistadores espirituales concluyeron que únicamente "a través de ellos dominaban a su gente" (Hoffmann 53). Por consiguiente, el europeo en la práctica se halla intimado a respetar la autoridad del cacique, a reconocer su idoneidad de gobierno, a subrayar su capacidad de promover una lealtad infranqueable de parte de sus súbditos, a destacar su flexibilidad para acomodarse a las nuevas opciones, a acreditar su competitividad no sólo para reestructurar sus funciones, sino también para compartir su dominio y para tornarse en colaborador imprescindible de la empresa colonial, y, por último a reconocer en él al líder y custodio de los principios que preservarían su cultura. Como es de suponerse, el reconocimiento manifiesto de su valor, vigor, audacia, inteligencia y astucia rara vez se halla explícito en el discurso colonial pues la manufactura textual europea de su imagen continuamente trata de borrar sus atributos.

Los primeros españoles no habrían tenido dificultades en identificarlo prontamente. En su libro *Viaje al Río de la Plata*,

el soldado alemán de la expedición de don Pedro de Mendoza, Ulrico Schmidl, define al cacique como "el principal." Su texto responsabiliza al cacique tanto de la buena acogida como del rechazo que se suscitaba de la presencia foránea. Al mismo tiempo, hace hincapié en la visible obediencia y lealtad de los suyos como también subraya las desdichadas consecuencias que podrían resultar a partir de alguna incongruencia en la que el cacique acabara negativamente afectado. En efecto, su texto nos remite a una instancia de rebelión de los carios o guaraníes, con quienes, según Schmidl poco tiempo antes se había pactado amistad. Refiere Schmidl que

el capitán general Alvar Núñez Cabeza de Vaca [habría pedido] que se le ahorcara al **indio principal** que se llamaba Aquere [. . .] por lo cual después se originó una gran guerra por los carios contra nosotros los cristianos, por causa del susodicho indio al cual se lo ha ahorcado. (101, el énfasis es mío).

El texto logra representar con claridad que el cacique "al cual se lo ha ahorcado" contaba con el apoyo incondicional de los suyos como así también la poca deferencia del europeo para con la ascendencia del aquel entre sus súbditos. Que Aquere haya decidido no respetar el pacto de amistad con los españoles carece de validez para quienes estaban bajo su orientación. El texto enfatiza la lealtad de los aborígenes a la persona del cacique. Dice Schmidl, continuando la narración del infeliz suceso, que

Tabere se había alzado con gran poder de los Carios y querían marchar contra los cristianos, porque este Tabere era hermano de aquél a quien se lo había ahorcado, del Aquere, y quería vengar la muerte de su hermano. (102)

El texto no aclara si "hermano" en este caso se refiere a una relación consanguínea o si se trata simplemente de una expresión de afecto. Una u otra posibilidad es probable, pues en línea seguida escribe Schmidl que "[cuando el] capitán general supo esto mandó a **su hermano jurado** Domingo Martínez de Irala que tomara cuatrocientos hombres y dos mil indios y marchara contra el susodicho Tabere" (102, el énfasis es mío). Poco antes había establecido que los Carios se habían rebelado y que Tabere se presentaba ahora como representante de los mismos. Schmidl registra de esta forma la disposición de unidad que existía entre los guaraníes. Como simple detalle al margen cabe la pregunta de ¿De qué dos mil indios estaría hablando Schmidl? Schmidl, al igual que los otros cronistas, siempre enfatiza que los Carios o guaraníes eran "los indios amigos," es decir, los únicos aliados incondicionales de los españoles, pero si en este caso se hallaban sublevados, no hay lógica en su declaración.

El discurso representa al cacique como amo y señor de las vidas de sus subordinados, por lo que el colonizador debía llegar a acuerdos y compromisos directamente con él. Únicamente respetando la ascendencia que gozaba, podía el colonizador pasar a apoderarse de las voluntades de las masas. Ciertamente, los

Europeos atinaron al adoptar esta posición no sin antes sufrir considerable resistencia de parte de las distintas etnias que poblaban esas remotas regiones y que fue mitigada por la indudable determinación férrea del conquistador que llega a las zonas australes altamente motivado por los logros en otras latitudes de sus antecesores. Podría argüirse que la estrategia que finalmente adopta de respetar la ascendencia del cacique habría estado motivada por el temor a las sublevaciones. Tal como permea de las narraciones que dan cuenta de las primeras incursiones de los españoles en aquellos suelos, no cabía duda de que las decisiones de los caciques eran acatadas por los suyos sin objeciones de ningún tipo. Este hecho fue inmediatamente reconocido y aprovechado por el conquistador. Contrariamente, el discurso registra varios casos de sublevaciones y desacato a la autoridad entre los colonizadores españoles^{iv}.

El cacique se distinguía por su valentía y por su capacidad de infundir temor. El usufructo de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones que implicaba tal jerarquía no eran arbitrarios. Antonio Sepp, misionero jesuita, dice acerca del cacique que:

este título se otorga al primogénito de la familia más antigua y noble de la tribu; un cacique tiene la jerarquía de un marqués según la ley española y es un señor feudal que dispone de muchos vasallos, de treinta, cincuenta o cien hombres." (188)

Por ende, aunque gozara del respeto de los suyos también tenía que responder por la seguridad de los mismos. De igual modo cualquier decisión o posición que tomara la cabeza visible afectaba a los representados por su mediación; es decir a sus "vasallos" como dice Sepp. Francisco Xarque, misionero jesuita también, al hacer recuento de la labor misionera en las provincias del Ibitirembetá y hablando del encuentro del P. Antonio Ruiz de Montoya con el cacique Taytitú, erige a éste como a "un cacique de grande fama [. . .] muy respetado por su nobleza, y no menos temido por su valentía," dejando entrever con este comentario el concepto en el que tenían los misioneros a los caciques (56). En efecto, comenta Xarque acerca de Taytiyú que: "Juzgaron los Padres que si le ganasen la voluntad tendrían en él **llave maestra para facilitar la entrada en aquella nación hasta entonces inaccesible.**" (56, el énfasis es mío). Su influencia, a la sazón, era reconocida tanto por los colonizadores seculares como por los conquistadores espirituales.

Desde los inicios de la colonización fueron los caciques los que sirvieron de puente en el encuentro de las culturas y al mismo tiempo fueron los que tuvieron mayor acceso y comunicación con los representantes de la clase dirigente colonial. Ruy Díaz de Guzmán, el primer cronista mestizo, en *Anales del*

descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata apunta que la "amistad" con los guaraníes quedó asentada en 1539 (146). En dicha ocasión, refiere Díaz de Guzmán que los caciques guaraníes ofrecieron al capitán Juan de Salazar

y a los demás capitanes sus hijas y hermanas, para que les sirviesen, estimando por este medio tener con ellos dependencia y afinidad llamándolos a todos cuñados, de donde ha quedado hasta hora el estilo de llamar a los indios de su encomienda con el nombre de Tobayá que quiere decir cuñado y; en efecto sucedió que los españoles tuvieron en las indias que les dieron muchos hijos e hijas, que crearon en buena doctrina y educación [. . .]. (147)

Debe considerarse, sin embargo, que este pacto de "amistad," podría haber sido más bien una estrategia de parte de los guaraníes que, intermediados por sus caciques representantes, se aliaron con los españoles, para vencer a sus antiguos enemigos, distintas tribus rivales, pero más notablemente los guaicurúes y los agaces, que les combatían, aparentemente con motivo de debilitar su preeminencia. La demostración de tal "amistad" se asentó, según Díaz de Guzmán:

En las ocasiones que ocurrieron en delante, especialmente en la guerra, que el general [Domingo Martínez de Irala] hizo a unos indios llamados Yapurues, antiguos enemigos de

los guaraníes y españoles y, en la jornada que hizo a la vista y reducción de los indios de Ybyturuzú, Tebicuary y Monday [. . .] (146).

Tal pacto de "amistad" fue quebrantado en 1539 "en que se conjuraron contra los españoles, tomando por ocasión el haberseles hecho ciertos agravios y, por algunos intérpretes españoles, todo procedido de **su natural inconstancia y poca lealtad** [. . .]" (146, el énfasis es mío). Puede anotarse, sin embargo, que esta "poca lealtad y natural inconstancia" de que habla Díaz de Guzmán podría ser relativa. El cacique se aseguraba, ante todo, de defender los intereses de los suyos. Schmidl comenta acerca de un pacto con un cacique de los Timbús "que se llamaba Zaique Limy, [y] que era **gran amigo de los cristianos, pero ello no obstante estuvo obligado a habitar con los suyos a causa de su mujer e hijos y amigos**" (40, el énfasis es mío). La obligación primera del cacique consistía en proteger a los suyos. No obstante, una y otra vez se ve obligado a "negociar" con los españoles que contaban con la tecnología que ellos carecían. A partir de ese entonces es cuando la subjetividad del cacique se torna ambigua y la representación textual de su posición en su cultura se torna ambivalente. Schmidl, al referirse al encuentro entre los guaraníes y los españoles dice:

Cuando oyeron nuestras armas y vieron que su gente caía y no veía ni bala ni flecha alguna sino un agujero en el cuerpo no pudieron permanecer y huyeron [. . .]. temieron por sus mujeres y sus hijos, pues los tenían a su lado en el pueblo, vinieron ellos, estos susodichos Carios, y pidieron perdón a nuestro capitán [. . .]. Y después de todo esto hicimos una alianza con los Carios por si querían marchar con nosotros contra los sobredichos Agaces y guerrearlos. Con esto estuvieron bien conformes y nuestro capitán les preguntó con cuanta fuerza querían marchar con nosotros contra los enemigos; entonces los Carios dieron a nuestro capitán la respuesta que con fuerza de ocho mil hombres. (78)

Pudiera ser que al comprometer la vida de los suyos, los caciques guaraníes solamente estaban pensando en vencer a sus antiguos enemigos, pero con esa decisión de pactar amistad con los españoles indefectiblemente se posicionaban a favor de la empresa colonial. Registra Schmidl, refiriéndose al primer contacto, de la dotación a la que él pertenecía, con los carios:

Cuando vieron los indios que no podían sostenerlo más, [el combate], vinieron ellos, estos susodichos carios, y pidieron perdón; que ellos harían todo cuanto nosotros quisiéramos. También trajeron y regalaron a nuestro capitán Juan Ayolas seis mujeres, la mayor era

de diez y ocho años de edad; también le hicieron un presente de alrededor de unos nueve venados y otra carne de monte. A más **nos pidieron** que permaneciéramos con ellos y dieron a cada gente de guerra u hombre dos mujeres para que cuidaran de nosotros, cocinaran, lavaran y atendieran en otras cosas más de las que uno en aquel tiempo ha necesitado. (75, el énfasis es mío)

Esta cita pone de manifiesto una vez más la ambivalencia del carácter del cacique por cuanto se inscribe el deseo de los guaraníes de emparentarse con los españoles. Ya los cronistas de la época colonial, ya historiadores, antropólogos y otros estudiosos de la cultura guaraní representan a la mujer guaraní con mucha presencia dentro de su cultura. Esta presencia activa es notable en los ritos de la antropofagia, por ejemplo. Era la mujer la que se ocupaba de que todos participaran del acto, incluso los niños. Por ser los carios o guaraníes cazadores, pero también agricultores y criadores de animales domesticados, el trabajo de la mujer estaba establecido y era de preponderante importancia en su estructura social, sobre todo en la producción de artefactos de cerámica y del tejido de canastos y hamacas, que facilitaba su vivir diario. Incluso se habla de mujeres payé o hechiceras con grande poder dentro de la cultura. No es difícil imaginar que la mujer guaraní, de una manera u de otra,

estuvo de acuerdo en formar parte activa en el pacto o intercambio. Mediante su disposición, los guaraníes podían acceder a la tecnología de los españoles y así vencer a sus antiguos enemigos. No obstante, con esta decisión la preservación de la cultura guaraní no queda favorecida.

La ambivalencia se trasluce en el discurso cuando se representa al cacique guaraní ya a la cabeza de las revueltas, insurrecciones y levantamientos contra la autoridad colonial, como irreducible, pero también abogando por el cambio, cooperando con el colonizador, emparentándose con él, protegiendo y ayudándolo, arriesgando la vida de los suyos y haciendo posible la realización de la empresa colonizadora. Por momentos, el cacique emerge del discurso como traicionero, vil e inhumano, y en otras servil, renegando de su propia cultura, regalando a sus mujeres e hijas e influenciando a sus subordinados por la realización de la empresa colonial. Este hecho no hace sino marcar la posición liminal que ocupa el cacique y la ambigüedad de su subjetividad que, se puede decir, resulta contaminada como consecuencia del encuentro de las dos culturas.

Esta figura ambivalente del cacique, que por momentos coopera con la empresa colonial, aparece también imponiendo ante los españoles su autoridad y sus convicciones. Para llegar a esta conclusión es necesario, a veces, enfatizar las

polarizaciones, entre el guaraní y el otro europeo que el discurso construye, pero también identificar valores incuestionables de la cultura hispana, como el honor, por ejemplo, motivando los comportamientos del cacique. Ruy Díaz de Guzmán, en un principio presenta al indio como el otro con el que prácticamente es imposible identificarse. Dice el autor: "su costumbre es todas las veces que se les muere un pariente, se corta [sic] una coyuntura del dedo de la mano, de manera que muchos de ellos están sin dedos por la cantidad de deudos que se les han muerto" (88). Schmidl, por su parte, señala que "las mujeres y los hombres andan completamente desnudos, como Dios el Todopoderoso los ha creado. También el padre vende su hija, y el marido su mujer cuando ella no le gusta, y el hermano su hermana; [. . .] También los carios han comido carne humana [. . .] (70). Sin embargo, cuando Ruy Díaz de Guzmán relata detalladamente la muerte del conquistador Nuño de Lara, la disparidad entre el europeo y el otro se hace menos perceptible. En el texto en el que se (re)crea lo ocurrido, desde el mismo título, se pretende enfatizar "la traición de indios amigos." A pesar de dicho intento, se puede constatar que se pierde el foco de la narración a varios niveles. Primeramente el cronista afirma que con la muerte de Nuño de Lara "fue ganada la fortaleza y toda ella destruida," por cuanto los "indios amigos" que habían planeado la traición y asaltado la fortaleza habían

sido vencidos. Según el texto de Ruy Díaz de Guzmán, esta traición había sido motivada por "tanta afición y tan desordenado amor" del cacique Mangoré por Luisa Miranda, esposa de Sebastián Hurtado. En el asalto en que según el texto Mangoré intentaba robarla también se registra una supuesta conversación entre Mangoré y Ziripó, otro cacique importante y hermano de Mangoré. Dice Ruy Díaz de Guzmán que "[Mangoré] persuadió al otro cacique su hermano que no les convenía dar la obediencia con tanta subordinación a los españoles porque con estar en sus tierras, eran tan señores, y absolutos en sus cosas que en pocos días vendrían a sujetarlo todo como lo comenzaban a hacer." (104). En el asalto, muere el cacique Mangoré y María Luisa, pasa a ser esclava del cacique Ziripó, como botín de guerra. Ziripó la hace su mujer y más adelante descubre que ella le había estado traicionando con su ex-esposo, Sebastián Hurtado. Ziripó reacciona exactamente como lo hubiera hecho un español, cumpliendo estrictamente las reglas del honor que los españoles preconizaban en esa época, y ejecuta a ambos. Ruy Díaz de Guzmán considera a María Luisa y a Sebastián Hurtado como mártires y víctimas de la crueldad del cacique Ziripó.

A medida que la colonia adquiría estructura, la autoridad del encomendero y la presencia del colonizador iba imponiéndose más y más en la práctica, pero para beneficiarse del esquema social previamente establecida, el colonizador no revocó al

cacique ni su autoridad ni su influencia para con sus subordinados. Es difícil negar que se introdujeron cambios y variantes, pero, en general, la relación entre el cacique y sus dependientes se mantuvo más o menos intacta durante el tiempo de la colonia. Por ejemplo, el sistema encomendero del mitazgo adquirió estructura mediante el cacicazgo. Vale decir que el cacique no sólo debía rendir cuenta al colonizador al que servía por sí mismo, sino también por sus subordinados.

El rol del cacique en la estructura social guaraní tampoco habría pasado desapercibido a los "conquistadores espirituales" cuyo interés anunciado era el de recobrar las almas de "las garras del demonio" revelando la "religión verdadera." Con este propósito, el primer blanco de la "conversión" habría sido el cacique, pues es fácil concluir que con esta estrategia el trabajo se aligeraba, en el sentido que desde el mismo momento en el que un subordinado aceptaba la religión a la que se había adherido su cacique, en cierta forma adquiría o mejor dicho accedía al status de prestigio que gozaba aquél. Afirma Sepp que: "creían los misioneros que un método eficaz de conquistar a los bárbaros sería comenzar con su jefe. Una vez que lo tuvieran de su lado y ganaran su corazón, sería fácil convertir a los otros infieles a la fe cristiana" (106). Obviamente con esta declaración se instituye una contradicción porque de

acuerdo a la doctrina cristiana, la salvación es el efecto o resultado de una conversión individual.

La posición del cacique en la categoría de poder se presenta problemática debido a la ambigüedad que se crea a partir de la ejecución de su autoridad. Esta ambigüedad se crea a partir de la posición del "in between" que ocupa el cacique entre las dos culturas. El cacique debía velar por el bienestar de los suyos, para mantener su ascendencia para lo cual nada más aceptable que el de ejercer el poder inherente a su puesto y así lo demuestra cuando encabeza todo tipo de sublevaciones resistiendo al poder del colonizador. Una vez asentada y estructurada la colonia y con la imposición de la encomienda siente sobre sí el peso de la gran responsabilidad de responder a las crueles exigencias del colonizador. Para lo cual, no es difícil suponerse, debía actuar en no pocas instancias el papel de tirano para con los suyos. Moralmente, ante su pueblo, estaba obligado a velar por su cultura, y de hecho lo hace, pero simultáneamente debía acceder a la aculturación, pues como consecuencia de consentir y promover el parentesco con los españoles, el mestizaje y la influencia del cristianismo no se dejaron esperar.

Dra. Clinia M. Saffi

University of Miami

cmsaffi@aol.com

Obras citadas

- Barco Centenera, Martín del. *Argentina y Conquista del Río de la Plata (1602)*. Madrid: El Brocense, 1982.
- Beverly John. *Subalternity and Representation*. Durham and London: Duke UP.
- Díaz de Guzmán, Ruy. *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*. Asunción: Ediciones Comuneros, 1980.
- Hoffmann, Werner. Introducción. *Continuación de las labores apostólicas*. Buenos Aires: Eudeba, 1973. 9-96.
- Schmidl, Ulrico. *Viaje al Río de la Plata (1534-1554)*. Buenos Aires: Cabaut, 1903.
- Sepp, Antonio. *Continuación de las labores apostólicas*. Buenos Aires, Eudeba, 1973.
- Xarque, Francisco. *Ruiz Montoya en Indias*. Madrid: V. Suárez, 1900.

ⁱ De acuerdo a Ranajit Guha: "the colonial nation was characterized by the 'coexistence' of two 'domains', 'elite' and 'subaltern', structurally connected by the category of 'domination' (citado por John Beverley en *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory* 21).

ⁱⁱ Susnisk Branislava en *El indio colonial del Paraguay* ofrece información detallada acerca de los empadronamientos, la estructura y correspondiente organización de los pueblos indios que tutelados por un cacique servían a los encomenderos.

ⁱⁱⁱ Aunque no los primeros en llegar, fueron los religiosos de la Compañía de Jesús quienes se distinguieron por su manera organizada de encarar el aspecto religioso de la conquista.

^{iv} Notable y muy conocido el caso del primer gobernador del Paraguay Alvar Núñez Cabeza de Vaca que fue depuesto por quien debía ser su colaborador cercano, Domingo Martínez de Irala.